



LA PERVERSION DE LA CULTURA FEMINISTA

Blanca ALVAREZ

*Porque soy una mujer,
no seré nunca capitán general*

Marina Rossell

Si hubo un tiempo en que las mujeres fueron diosas, disfrutaron de un matriarcado o, simplemente, fueron dueñas de su destino y sus conocimientos, queda tan borrado y diluido en la larga secuela de dependencia y sumisión que parece más un sueño, un reino mitológico al que recurrir en busca del paraíso ideal, que algo que pudo realmente haber sucedido. Una mañana, los dioses despertaron siendo varones y nombraron sacerdotes a los de su sexo. Ellos, en función de sus miedos y sus necesidades, inventaron las reglas y las leyes, y dejaron a las mujeres en el secundario papel de reproductoras subsidiarias y castigo divino para poner a prueba su templanza y voluntad.

En el principio fuimos diosas o brujas. Madres o madrastras. No fuimos personas, sino personajes con guión diseñado de antemano.

El papel tenía mucho que ver con las virtudes que «debían» adornar a la mujer para ser realmente eso: mujer. Es decir, miembro de la comunidad con funciones, papel y destino. Para «ser» en el mundo si el sexo era femenino, era menester acercarse al ideal creado por el hombre, representar la quintaesencia de una feminidad ideada a mayor gloria del varón y ser, además, las portadoras de su honra. En palabras de san Agustín, que algo debía saber porque tuvo amante e hijo primero y Dios verdadero más tarde, la mujer *nisi master, instrumentum voluptatis*. Desde que se tiene memoria en la historia de Occidente, a la mujer se le ha dicho, desde la infancia y con insistencia, cuál debía ser su papel y cuáles eran los peligros a que se arriesgaba en el caso de contradecirlo.

La mujer era la belleza y la bondad. Si la naturaleza la había hecho fea, tendría que resignarse a un papel secundario dentro de la sociedad. Con ninguna otra virtud podía superar el pecado nefando de no ser hermosa, de no ser «el adorno y la imagen del mundo». Además, debía ser buena, porque de nada habría de servirle la hermosura si ésta era utilizada como arma para rebelarse o atentar contra el poder del amo y señor. Y debía ser boba, tanto como las mujeres que describe nuestro primer novelista en lengua castellana, el infante don Juan Manuel. Son las tres «b» de la mujer: bella, buena y boba. Tal como nos describen a las heroínas triunfantes en la literatura infantil, que viene a ser algo así como el principio educacional de la sociedad, aquello que se graba en las mentes de los más jóvenes para que no escapen, ya adultos, a sus principios. En caso de transgredir el mandato de la bondad y la bobería, el personaje sería anatemizado y castigado, colocado en el bando de los «malos», jugando el papel de madrastra de Blancanieves, hermosa mujer cuyo delito fue aspirar a ejercer el poder por sí misma en un reino donde el rey oficial apenas existe si no es para casarse con ella y ser padre de Blancanieves.

Un día, los varones se levantaron diciendo que era llegado el tiempo de la libertad, la igualdad y la fraternidad. Pero tan hermosa utopía era sólo para ellos. A las mujeres les esperaba aún una larga lucha para que tales principios, tan lógicos y contundentes, se les hicieran propios. Lo malo fue que, cegadas por la necesidad de estar en el mismo carro de la revolución, olvidamos que, como Antígona, no es bueno ser iguales a una ley si ésta es injusta, y uno no debe parecerse al verdugo sino eliminar la capucha del sayón. Equipararse en lo peor significa haber renunciado al principio de diferencia liberador. Renunciar a una diferencia que, a la par, haría libres a ambos sexos.

Lillith, exiliada incluso del pecado tentador de las mujeres, recuperó sus privilegios y quiso desterrar del santuario de los hombres a todas las Evas sometidas y a todas las Vírgenes redentoras por el

hecho de ser madres del hijo de Dios. Aprovechando el amplio tirón de la Revolución Francesa, aquella que defendía la Libertad, Igualdad, Fraternidad, las mujeres comenzaron a pensar que tales principios debían ser universales y no sexuales. La filosofía habló entonces de razones científicas para mantener los principios de desigualdad y marginación. La literatura encontró en el movimiento romántico la excusa perfecta que daba razón a la ciencia: eran bellas y listas, por tanto, podrían aspirar a los mismos derechos, pero resultaban malvadas como la madrastra del cuento, y por lo mismo vampiresas peligrosas. La mujer era inferior por guardar en su interior la semilla de la maldad que podía destruir a los hombres. La religión no servía como marco para justificar el sometimiento, pero sí sus símbolos para demostrar el principio necesario de la desigualdad: Salomé y Judit recobraron protagonismo y las dos mujeres, hermosas e inteligentes, aparecieron en toda la iconografía con las cabezas cortadas de los hombres a los que habían derrotado. Terrible manera de hacer a la mujer a la vez instrumento y verdugo: se admitía que sus artes eran innobles pero se esperaba que las ejerciera porque, al menos, en el uso de las mismas era reconocida y superada moralmente.

«Un joven debe trabajar para tener éxito en su vida, una joven debe encantar. Tiene que convertirse en una sirena y atraer a su lado a amantes y admiradores, dado que se le prohíbe atravesar las olas que la aíslan de ellos». De tal modo describe la situación la feminista norteamericana Abba Gold Woolson en 1873. Encadenada al papel, no tenía ninguna posibilidad de enfrentarse, con dignidad y un mínimo de igualdad en las reglas, a quienes la convertían en un diablo adorable y peligroso. Afirma Bram Dijkstra en su libro *Idolos de perversidad* que «la mujer se convirtió en culpable elegida por el hombre marginado que sentía lástima de sí mismo. Identificándola como responsable, el hombre podía renunciar a la búsqueda de otras causas, y utilizándola como sustituto del verdugo, podría permitirse el lujo de manipular al supuesto manipulador».

Tal vez nunca de manera tan explícita sirvió la «lucha de sexos» para mantener lo injusto del poder y hacer que nadie se cuestionase las «leyes de la ciudad» en su justicia. El hombre, como varón, no como especie, intentaba crear un mundo justo para él, del que debía ser excluida la mujer porque sería el fruto pervertido que dañaría la bondad de los nuevos principios. Aún no había llegado el tiempo de una Antígona que reclamase el derecho a regirse por otras leyes, leyes que fueran, en definitiva, mejores para ambos sexos.

El siglo XIX se puebla de movimientos feministas: reclaman el derecho a hacer cierta, para la mujer, la Revolución Francesa. Re-

claman el derecho a participar en la sociedad en que viven, colaborando a elegir a los gobernantes, y reclaman el derecho al trabajo como forma de vida que conceda dignidad e independencia a la mujer para que deje de convertirse en una cazadora de marido, es decir, proveedor de su despensa y la de sus hijos. La más dura represión y la más vergonzosa exclusión social fue el precio que pagaron estas primeras mujeres.

La Primera Guerra Mundial supuso, curiosamente, la posibilidad de avanzar en la reivindicación laboral de las mujeres. La necesidad de la sociedad de la mano de obra femenina fue más decisiva que los viejos prejuicios. «Es la hora inaugural de la historia para las mujeres del mundo. Es la hora de las mujeres», proclamaba, no sin cierta ingenuidad, la sindicalista Raymond Robins en el Congreso de la National Women's Trade Union League de 1917. Como ella, muchas pensaron entonces que lo importante era llegar y no el modo de hacerlo. Esta creencia supuso la primera derrota al avance que supondría la alternativa del pujante movimiento feminista, el movimiento que inauguró la segunda gran evolución mundial, y que podía aportar, incorporando a la mujer a todas las esferas de la vida civil, una visión ética diferente a la cultura dominante.

La masiva incorporación de las mujeres al mundo laboral no fue más que una triste y lamentable trampa para el movimiento feminista, un movimiento de emancipación que, por entonces, era poderoso, igualitarista y, sobre todo, imaginativo. Las mujeres jugaron en esta primera Gran Guerra el triste papel de sometidas y admiradas: de nuevo la virgen que libera a su sexo del pecado a través del sacrificio. Aceptar entrar en el mundo laboral, en las fábricas de guerra europeas y americanas, supuso aceptar los roles «nacionalistas» de sus gobiernos, aceptar como «lógico y bueno» un estado anormal de guerra que atentaba contra el principio de la vida, contra las leyes del sentimiento que habían estado guardadas por las mujeres hasta entonces.

Sin apenas darse cuenta, las mujeres se convirtieron en madres de dominio público, al servicio de la patria en guerra, donde habrían de desempeñar el papel de madres, militares, trabajadoras, curadoras y reparadoras de la retaguardia. De manera casi general, las mujeres entraron en el gran juego de poder masculino y se convirtieron en las mejores propagandistas del papel que necesitaba de ellas la sociedad masculina. La necesidad de su activa participación las hizo sentirse «importantes», decisivas y retomaron, en un gesto propio de Agustina de Aragón, las banderas nacionalistas y guerreras que obligaban a defender a la patria. No deja de ser significativo que la mayor parte de la propaganda guerrera de la época estaba dirigida a las mujeres. En todos los carteles de la época aparece un nuevo tipo de mujer, aparentemente liberado de

su pasividad, que construye armas, atiende hospitales y despide, sin lágrimas, a los hijos y maridos que parten al frente: «¡Mujer, sirve a tú país donde puedas!»

Y se trababa del mismo país que no les había servido de patria al reconocimiento de sus derechos civiles. Pero ellas se sintieron importantes, decisivas y se llenaron de furor guerrero enviando a sus hijos al frente y trabajando en las fábricas de bombas que los matarían. Habían sido llamadas y las más optimistas creyeron que primero cumplirían las órdenes, y después podrían llevar a buen término sus peticiones de igualdad.

Roma nunca pagó traidores y aquella incorporación masiva a todas las tareas necesarias, de urgencia, imprescindibles para mantener vivo el mecanismo de la guerra, era una incorporación pactada de temporalidad. Ellas llevaron con orgullo los uniformes prestados y los devolvieron al terminar con su tarea de sostener los cimientos de una sociedad que las machacaba. Curiosamente, en casi todas las revoluciones, la mujer es el sostén fundamental, la colaboradora más abnegada, la más sacrificada, incluso la más fanática, y la que luego, una vez conseguido el objetivo de los hombres, vuelve a ser ignorada, humillada y «perdonada» en su transgresión. Basta con recordar el papel de las mujeres en la revolución independentista de Argelia: ellas eran las terroristas que llevaban las bombas, después retomaron el velo y la sumisión.

Este es el «síndrome de Judit» padecido por las mujeres que entran en el juego propuesto desde un poder que no controlan para servir sus puntuales intereses: Judit, joven viuda judía, se ofrece para entrar en el campamento de los sitiadores y, utilizando artimañas de mujer, sirviéndose de sus encantos, corta la cabeza de Holofernes y libera a su ciudad del cerco. No se cuenta en la Biblia que esta mujer recibiera honores de general triunfante, más bien se habla de un silencioso retiro del mundo una vez cumplida su misión.

Naturalmente, dentro de aquel poderoso movimiento feminista de principios de siglo, no todas las mujeres entraron, inocente y alegremente, en el papel al que se les obligaba. En 1915, en plena euforia de guerra, se crea en Francia el Comité d'Action Féminine Socialiste pour la Paix contre le Chauvinisme. Un comité demasiado activo para los gustos de los hombres de la época que ven en peligro las leyes que justificaban la guerra. Un comité que cuestiona, como principio, la legalidad de la guerra y, por tanto, la participación de la mujer en la misma. Se las acusa de ir contra los estereotipos de la feminidad mientras miles de mujeres han de «masculinizarse», incluso en la indumentaria, a fin de poder ocupar los puestos de trabajo en las fábricas de armas. Daba la impre-

sión de que la guerra dejaba en suspenso el ideal femenino en aras de la pura necesidad pragmática del momento. Lo femenino entonces era servir, donde se la requiriera, a los intereses de su patria para la cual no habían existido hasta entonces.

También en 1915 Romain Rolland, autor maldito de *Au dessus de la mêlée*, llama a las mujeres de Europa a ser «la paz viva en medio de la guerra, la Antígona eterna que se niega al odio y que cuando sufre, ya no sabe distinguir enemigos entre sus hermanos». Lástima que el mensaje fuera tan poco «propagandístico», tan poco rentable a los intereses del poder como lo fueron las modernas mujeres de Chechenia ofreciendo, a las puertas de sus ciudades, pan y paz a los soldados rusos. En esa oferta atentaban, de nuevo, contra los intereses nacionalistas de sus compañeros y contra las necesidades imperialistas de los atacantes: podrían convertirse, con su gesto, en la esencia misma de la contradicción de nuestros tiempos, determinados de nuevo por los nacionalismos masculinos y fanatismos religiosos que las alimentan.

Terminada la Primera Guerra Mundial, las mujeres vuelven al dulce hogar, a jugar el papel de arcángeles caseros que dulcifican los estragos de la guerra y restañan las heridas morales de una Europa que ha tenido que cambiar, a golpe de trinchera, su concepción del mundo. El surgimiento de los Estados fascistas reclama, de nuevo, el glorioso papel de madre a la mujer. El trabajo femenino es «tolerado» porque no se puede devolver a los hogares sin pan a tanta viuda o huérfana que ha de alimentarse por sí misma.

En España, donde no se había vivido directamente esa primera Gran Guerra, el paréntesis de la República genera una importante generación de mujeres que sirvieron como modelos para una incorporación activa, igualitaria y generosa, de futuras generaciones femeninas, modelos que fueron robados por el franquismo, dejando en el olvido a personajes de la talla de Clara Campoamor, María Zambrano, Victoria Kent... En Europa, la Segunda Guerra Mundial, la posterior guerra fría, el Estado de bienestar y la explosión económica de los años sesenta, suponen un marco diferente para el movimiento feminista, un movimiento que ya no se siente partícipe de ninguna revolución si no incorpora a ella sus propias reivindicaciones. De nuevo la mujer interviene en la vida civil, con más derechos que la integran y la convierten en ciudadano de primer orden. Hasta que llegaron los nuevos modelos de mujer integrada: las nuevas ejecutivas. Integradas y con los mismos derechos, pero sin ningún respeto a su diferencia, sin haber aportado sus señas de identidad a la creación de un orden nuevo.

Las mujeres se han ganado el derecho a la universalidad. La familia no acaba de recomponerse según los ancestrales modelos de

la sociedad patriarcal, aunque eso no quiera decir que su fundamento principal siga siendo la mujer y su abnegación como sostén emocional y práctico de la misma. La vuelta a casa, a la sumisión, al velo y el bordado, resulta imposible. La práctica ha generado derechos que se viven como normales pese a las muchas y pequeñas reticencias cotidianas. Las mujeres acceden al trabajo y al poder, pero, sobre todo, comienzan a darse cuenta de su importancia. Sería imposible, en tiempos victorianos, una foto del Parlamento inglés en el cual posan ciento veinte mujeres de todas las edades y condiciones. Se aceptan faldas en el ejército, en los altos cargos de dirección, en las cátedras... Pero, ¿según qué patrón, al servicio de qué leyes se integran hoy las mujeres en la vida civil?

De nuevo se plantea el dilema de las socialistas de principios de siglo: ¿aceptamos entrar en vuestras fábricas, mandar vuestros imperios y acatar como válidas unas leyes y una forma de vida que no ha hecho feliz a la humanidad? No puedo dejar de pensar en los versos cantados por Marina Rossell «porque soy una mujer/no seré nunca capitán general».

Esta vez, la guerra contra la igualdad de las mujeres desde su propia idiosincrasia se tejió de un modo sutil, llenando de belleza los mismos y caducos principios que nos igualaban en lo peor y robaban la diferente identidad de las mujeres: si queréis igualdad habrá de ser desde nuestros valores, por tanto, habréis de trabajar como hombres, pensar como hombres, sentir como hombres... Si queréis un puesto directivo, os pondréis medias de seda y seréis igual de agresivas que vuestros compañeros. Esta vez, la sumisión a unas normas impropias llegó de la mano del halago: vosotras tenéis mayor capacidad para el trabajo, para el sacrificio, para la lucha feroz, pero, además, lo haréis utilizando las viejas armas de la vampiresa, con el arma de la belleza y la maldad intrínseca al sexo femenino.

Para empezar, en algunos campos se privilegió a una minoría de mujeres que sirvieran como «muestra de igualdad»: cine realizado por mujeres, arquitectura para mujeres, literatura escrita por mujeres... Se hizo rentable la dura lucha de las feministas para quienes vieron en sus caminos desbrozados un magnífico filón repleto de subvenciones y asignaciones especiales, para quienes aprovecharon la discriminación positiva como peldaño de sus propios intereses. Muchas olvidaron que «no se escribe en el mismo lugar que los hombres», como dijera Marguerite Duras y aceptaron de pleno los valores masculinos de la sociedad que les consentía ser privilegiadas en un mundo pensando para hombres.

De alguna manera, las mujeres descartaron el papel de las tres «b»: bella, buena y boba, para asumir, con todos los riesgos y privilegios, el papel de la madrastra de Blancanieves: bella, agresiva

y dominada por el ansia de poder. La mujer se convirtió en triunfadora en un mundo de hombres, siguiendo las reglas de ellos. La juventud es un valor asimilado al poder al igual que la belleza, ¿qué mejor modo de destruir la fuerza iconoclasta de los jóvenes o de pervertir la generosa revolución del feminismo? Los dueños del mercado saben que la mujer puede ser la mejor propagandista de su ideología, la peor enemiga del viejo mito de Antígona y las ponn, bellas, listas y triunfadoras en el lugar de honor del poder. Mientras la nueva Eva ofrece la manzana tentadora del triunfo, Lilith duerme el sueño de las sombras.

A principios de siglo, las mujeres pedían algo que no tenían y que era justo tener. A finales del siglo se consigue, al menos aparentemente, lo que se quería, pero el control sobre lo deseado y justo sigue estando en manos de otros.

Queda un último paso, el más importante cualitativamente, para que la revolución feminista no sea pervertida en sus mismos cimientos: controlar lo que se tiene y se desea como justo, dándole el valor de la diferencia alternativa que sirva para mejorar el modo de vida de ambos sexos.

Un importante número de mujeres accede actualmente al limitadísimo poder económico y político de la alta dirección empresarial. La incorporación se hace muy lentamente: en España tan sólo once mujeres están en el primer puesto de una empresa importante y la mayoría está en el cargo gracias a su vinculación familiar con la misma. Pero, en la segunda línea de esos cargos, existe una multitud de mujeres que acabarán rompiendo la última barrera laboral importante colocada a las mujeres. Este acceso femenino a altas cotas de responsabilidad ha cambiado las relaciones, la filosofía y los valores de la empresa, pero también ha creado un nuevo tipo de mujer: son heredadas de la revolución feminista de los setenta, educadas por sus madres para valerse por sí mismas como forma de autoafirmación personal, han perdido el miedo a no representar los papeles tradicionales que se esperaba de ellas. Han pagado precios, a veces altos, pero también han generado una sutil e importante red de solidaridad que ayuda a otras a acceder a puestos de alta responsabilidad y han creado, para sus vidas, intereses y prioridades nuevos.

Se puede decir que han perdido gran parte del miedo a fuerza de demostrar con creces su valía. Aún no han ganado la tranquilidad de quien lleva generaciones ejerciendo el poder como forma normal, con derecho natural. Han caído en muchas de las trampas impuestas por quienes pretendían hacer de ellas una copia de los modos y comportamientos de sus compañeros varones. Pero comienzan a reaccionar y afianzar las redes de solidaridad necesarias. Han perdido la culpa de madres que abandonan a sus hijos y

la frustración de los matrimonios perfectos mantenidos gracias al equilibrio de alguien que se somete en la relación. También los hombres han salido ganando: han recuperado a los hijos y mantienen relaciones de ternura con ellos y han aprendido a ver en la mujer a otro ser humano al que tratar en igualdad de condiciones.

Son ellas quienes cuestionan los valores tradicionales del trabajo, los vicios del mismo que obliga a una gran pérdida de valores humanos. Son ellas quienes están en disposición de demostrar que, añadir valores nuevos, diferentes, que rompan la trampa de un mundo que obliga a renunciar a los sentimientos en áreas del éxito, o que obliga a la insolidaridad para mantener la preferencia social, no significa marginarse de la vida social, refugiarse en un paraíso artificial en el que uno de los dos sexos juegue el papel de arcángel redentor del otro.

No es una utopía: más del 60% de los nuevos profesionales liberales son mujeres. Hemos recibido la educación necesaria. Hemos demostrado tener la capacidad suficiente para asumir las nuevas responsabilidades sin rechazar los principios que nos diferencian. Hemos sido capaces de sobrevivir gracias a la generosa solidaridad que nos hace hoy sentir como propias las discriminaciones de las mujeres fuera de Occidente. Hemos alcanzado la cuota de poder que nos coloca en situación de hacer posible nuestra reivindicación de diferencia. La madrastra del cuento está en disposición de romper las viejas leyes aportando una cultura alternativa: la tumba de Antígona, aquélla de que hablaba María Zambrano, ha abierto sus sellos. Ahora es posible añadir a las tres máximas de la Revolución Francesa el cuarto principio de la felicidad.
